

la Europa, su poder ya respetable por la religion, debía ser mayor que el de todos los otros, y elevarse notablemente sobre todos los príncipes christianos. El estado de las cosas y su natural curso debian conducir á los papas al punto de verse á un mismo tiempo los oráculos de la christiandad, y los árbtros de la sociedad política en Occidente. Todo concurría á llevarlos á aquel término, al qual aspiraban constantemente muchos siglos habia, por todos los medios que les habian proporcionado el acaso y la reflexion. Llegaron en fin á él en medio de las contradicciones y obstaculos, porque supieron esperar los momentos favorables, y aprovecharse de ellos avivando ó suspendiendo su carrera segun los tiempos y circunstancias, recobrando por un camino lo que parecia haber perdido por otro. Era, pues, imposible que el poder temporal no llegase á unirse con el espiritual en los pontífices de Roma, y que uno y otro no se acrecentasen mas y mas.

ARTICULO VII.

Segunda y tercera cruzada. Estado de la iglesia latina en el Oriente.

Hemos referido la historia de la primer cruzada hasta el fin del oncenno siglo. Las cosas de los príncipes latinos, y el estado de las iglesias que habian fundado no habian tenido mudanza alguna al principio del duodécimo. El reyno de Jerusalem, gobernado por Balduino I, permanecia tan débil; los principados que se habian formado en Palestina y en Siria no lo estaban ménos; aquellos numerosos exércitos que amenazaban la próxima ruina de la potencia musulmana se habian disipado con las sangrientas guerras; los efectos del clima, y los desórdenes, y la division que reynaba entré los príncipes mahometanos hacian toda la fuerza de los christianos. Pero no supieron valerse casi de aquellas felices circunstancias, que bien aprovechadas hubieran dado lugar á consolidar su establecimiento y extender su dominacion. Mutuamente entregados á viles zelos, y despedazados con funestas discordias, tornaron los unos contra los otros aquellas mismas armas que la religion les habia puesto en la mano solo para vengar sus injurias y destruir á sus enemigos.

Estas competencias y las guerras de que fueron origen favorecian demasiado los proyectos de los sarracenos para que se descuidasen en sacar ventajas de ellas. El interes comun los reunió contra unos príncipes divididos y debilitados, de quienes era facil triunfar mientras se ocupaban solo en sus discordias y venganza. Atacaron sucesivamente los musulmanes los estados de los latinos, mal defendidos por tropas extenuadas, y que habian perdido su antigua bravura con el calor del clima y la molicie: la mayor parte de las plazas que la primera cruzada habia sometido al yugo de los christianos cayeron en manos de sus enemigos. El reyno de Jerusalem, indefenso y casi reducido al recinto de la ciudad, se aproximaba cada dia á su ruina. La batalla que Balduino I perdió junto á Joppe, por empeñarse temerariamente en el combate con fuerzas inferiores, acrecentó mas la superioridad de los infieles, haciéndolos mas atrevidos en sus empresas. Con todo, habiendo este príncipe recibido algunos nuevos socorros de Occidente, reparó algun tanto sus pérdidas, y los negocios de los christianos tomaban un nuevo aspecto quando murió en 1178.

Balduino II, que subió entónces al trono de Jerusalem, tenia talento para la guerra y el gobierno. Estuvo continuamente armado contra los infieles; pero el sucesos de sus expediciones no siempre correspondió á su valor y capacidad. Despues de ganar algunas ventajas sobre los sarracenos, tuvo la desgracia de caer en su cautiverio, no pudiendo recobrar su libertad sino á costa de agotar sus rentas. En vano procuró borrar el cenrojo de su cautividad con la conquista de Alepo y otras empresas. Sus armas fueron casi siempre desgraciadas, y murió sin tener la satisfaccion de vengarse. Sin embargo, dexó el reyno de Jerusalem mas dilatado y mas en estado de defensa que lo habia hallado á su exáltacion al trono; habia asimismo mas union y concierto entre los príncipes christianos que en tiempo de su predecesor, y la causa comun que les interesaba mas que nunca tenia mayor influxo en sus resoluciones y conducta.

Pero esta concordia no duró mucho. Fulques, conde de Anjou, yerno de Balduino II, á quien sucedió, se ocupó muchas veces en reconciliar ó someter á los príncipes latinos, que los zelos ó el interes dividian hasta el punto de

hacerse la guerra, con un furor que tornaba inevitablemente en perjuicio de la Iglesia y del estado. Apenas las discordias calmaban quando volvian á renacer baxo el menor pretexto, y de ordinario originaban injurias ó venganzas. Estos disturbios, y los males que de ellos resultaban, eran consecuencia necesaria del sistema feudal que los señores cruzados llevaron consigo al Asia. El rey de Jerusalem era el gefe y soberano de los príncipes y varones que habian formado pequeños estados en aquella region. En calidad de tal estaba precisado á tomar parte en sus desavenencias, declarándose por unos ó por otros, porque la via de la negociacion rara vez tenia lugar, y nada podia emprender contra el enemigo comun sin que ellos le auxiliasen. De este modo el gobierno que los cruzados habian establecido en las conquistas de Asia, ademas de los inconvenientes del pais y otras circunstancias locales, tenia tambien todos los vicios que hacian á los estados de Europa tan agitados y mal regidos.

El rey Fulques era muy valeroso, y entendia perfectamente la guerra. Se proponia hacer la confederacion christiana de Oriente mas floreciente y respetable que nunca á los infieles. Con esta mira emprendió poner los dominios de los francos al abrigo de sus insultos, y asegurando de este modo las antiguas conquistas, se preparaba á hacer otras de nuevo. Este príncipe hubiera logrado buen éxito en una empresa tan útil si hubiera sido auxiliado por los señores cuya reunion le pondria en estado de realizarla. Pero no halló en ellos el zelo que una tan buena causa y un designio tan justo debian inspirarles. Algunos, á la verdad, se le juntaron para cubrir y proteger las plazas que los christianos poseian del lado de Egipto, por ser las mas expuestas á los ataques del enemigo. Mas los otros, ocupados en sus enemistades personales y sus particulares guerras, no conocieron quanto les interesaba á ellos y á toda la república christiana ir de concierto con su gefe, y unir sus tropas á las de él en una empresa cuyo único objeto era la comun seguridad. Así las armas de este príncipe no tuvieron todo el éxito que debieran, y los musulmanes, á quienes hubieran podido reducir al estado de no emprender nada, se derramaron por las tierras de los francos, y las asolaron impunemente. La poca resistencia que encontraron los hizo mas atrevidos, sus hostilidades

se multiplicaron por todas partes, atacaron castillos y plazas, y se pusieron en campaña haciendo abiertamente la guerra.

El mas formidable enemigo que tenian entonces los christianos era Emad Eddin-Zenghi, que las historias de las cruzadas llaman Sanguino. Este príncipe, fundador de los atabekques de Siria, habia sido nombrado por el sultán de Persia Mahamud gobernador de Moussol, y comandante general de sus exércitos. Se habia formado en el arte militar baxo los mas hábiles capitanes de su tiempo, y llegado á ser, tanto por su experiencia como por sus lecciones, el mayor guerrero que tenian los musulmanes. El zelo de eslamismo y el amor de la gloria inflamaban á un mismo tiempo su corazon: animado de estas dos pasiones emprendió de una vez enfrenar la independenciam de los emires, y quitar á los christianos sus mejores conquistas. Tuvo un éxito casi igual en estos dos grandes proyectos, y el ascendiente que tomó sobre todos los demas soberanos de aquel pais llegó hasta hacer sombra al monarca persiano, que le hubiera despojado del mando de sus tropas á haber tenido otro general que oponer á los christianos.

Zenghi se habia hecho enemigo del conde de Edessa, Joselino de Courtenai, cuyo aliado habia sido en la guerra que habian hecho combinados á Boemundo, príncipe de Antioquía. El musulman, que deseaba despojar al jóven conde de uno de los principales establecimientos que los christianos tenian en Siria, aprovechó el momento en que este príncipe estaba lejos de su capital para sitiaria. Privada la ciudad del mas interesado en su defensa, y no recibiendo socorro alguno de los otros príncipes christianos, no pudo resistir á las fuerzas y actividad del sitiador. Fue tomada por asalto, y el vencedor abandonó á sus moradores casi todos christianos al furor del soldado. La mayor parte fueron sin piedad pasados á cuchillo, las iglesias saqueadas, y los ministros de la religion experimentaron todas las crueldades que pueden inspirar la barbarie y el fanatismo. La pérdida de Edessa llenó de consternacion á los christianos, haciéndoles aun preveer otras desgracias, consecuencias inevitables de ésta. El rey Fulques no se halló en ella, habiendo muerto algun tiempo antes de la caída que dió de un caballo estando á caza. Balduino III., su primogénito, de edad de 13 años habia sido coronado por

su sucesor baxo la tutela de Melinda su madre, hija de Balduino II. Esta princesa no carecia de talento; pero los embarazos de una minoridad, la debilidad del Estado, y el general abatimiento ocasionado por las victorias de Zenghi, la obligaron á ceñirse á los cuidados que exigía el gobierno interior del reyno de Jerusalem.

La toma de Edessa, seguida de las de otras varias plazas, armó á los christianos de Asia, y les hizo temer verian en poco tiempo caer en mano de los infieles todas las ciudades que aun poseian, á no recibir de Oriente prontos y poderosos socorros. Con tan justos temores enviaron á Roma al obispo de Gabala en Siria, para representar al papa el mal estado de la Iglesia y de toda la sociedad christiana, cuya ruina era inevitable si los príncipes de Occidente los abandonaban en aquella extremidad. Eugenio III. se afligió mucho con las malas nuevas que le dió el prelado de Oriente, y con la pintura penetrante que puso á su vista. Este pontífice escribió eficazmente al rey de Francia Luis el Joven y á los otros monarcas católicos, exhortándolos á una nueva expedición contra los opresores del christianismo. No pudo ver el piadoso rey sin enternecerse las calamidades á que los fieles estaban expuestos por parte de los musulmanes ensoberbecidos con sus progresos. Para discurrir los medios de remediarlos sin dilacion, y deliberar sobre lo que el papa proponía, señaló una asamblea de los grandes y prelados en Vezelai en Borgoña. San Bernardo, á quien Eugenio habia encargado trabajase en el éxito de su proyecto, se halló en ella. No se habia visto desde mucho tiempo tantos obispos y señores congregados en un mismo lugar. Todos los personajes de Francia se habian apresurado á asistir á ella. El pueblo era innumerable, y no habiendo edificio capaz de recibir esta multitud, se puso en medio del campo un tablado, desde el qual el abad de Claraval, teniendo el rey á su lado, pudo hacerse oír desde lejos. San Bernardo, cuyo zelo se habia exáltado por el objeto de su mision y la presencia de un auditorio tan brillante como numeroso, correspondió á quanto de él debía esperarse en ocasion tan oportuna para hacer brillar sus talentos. Habló con tanta nobleza y eloqüencia, hizo retratos tan penetrantes del triste estado de las iglesias latinas de Oriente, que habian costado tantas fatigas y tanta sangre á los generosos guerreros sus fundadores, y conmovió de tal modo los án-

mos y los corazones, que toda aquella muchedumbre recibió las impresiones que intentaba hacerle. Todos los que le oían derramaban lágrimas, y le interrumpian con grandes voces pidiendo la cruz. No hubo bastante tela para surtir á tanta gente, de modo que el santo abad se vió obligado á cortar sus hábitos para suplirla.

Este eloqüente monge no se contentó con su primer suceso. Recorrió la Alemania, y deteniéndose en la mayor parte de las grandes ciudades, inspiró á los grandes y al pueblo el mismo ardor de la cruzada. Tuvo sin embargo mucha dificultad en determinar al emperador Conrado á unirse con los demas príncipes que con tanto zelo habian concurrido al designio del soberano pontífice. La eloqüencia de san Bernardo y la vehemencia de sus exhortaciones no bastaron para vencer la repugnancia que alejaba á la cabeza del cuerpo germánico de esta piadosa empresa: ya indiferente, ya político se negó largo tiempo á todos los motivos de gloria, de generosidad y de religion que el abad de Claraval hizo presentes para obligarle; pero finalmente no pudo resistirse á la voz poderosa de los milagros con que se hizo escuchar. Bernardo los obró á su vista tantos y tan portentosos en todas las ciudades en que predicó, que no quedó duda de que el cielo autorizaba su mision y la guerra santa que era su objeto. Estos milagros, de que Colonia, Maguncia, Francfort, Wormes, Spira, Basilea, Constanza y otras muchas ciudades de Alemania y sus monarcas fueron el teatro, se han escrito en el mismo tiempo por testigos de vista, que no pudieron ser seducidos ni engañados. Por otra parte estos prodigios eran tan diferentes unos de otros, tan multiplicados, tan repentinos, y el que los obraba hacia tan poca gloria de ellos, que sospechar engaño ó dudar de la sinceridad de los que nos han transmitido su noticia, seria un exceso de pirronismo el mas intolerable. Una empresa formada baxo tales auspicios, solo hacia concebir el éxito mas brillante y las mas felices conseqüencias.

Conrado con los señores y demas cruzados que componian su ejército partió en el mes de Mayo de 1147, y atravesando la Hungría, la Bulgaria y la Tracia, llegó al Septiembre siguiente á vista de Constantinopla. Luis el Joven, que habia salido un mes despues seguido de una numerosa nobleza y de una prodigiosa muchedumbre de to-

dos estados, tomó el mismo camino, uniéndose con el príncipe alemán en tierra del imperio griego; era Manuel Comneno el que entonces ocupaba el trono de Constantinopla. Estos grandes ejércitos de alemanes y franceses, que iban á arrojar sobre el Oriente, alarmaron en gran manera á aquel príncipe naturalmente sospechoso y zeloso de su autoridad. A pesar de sus protestas de no llevar otro designio que el de visitar los santos lugares, y libertar las iglesias de la opresion de los infieles, Manuel los miró con malos ojos, no pudiendo persuadirse que la devocion y la generosidad fuesen el móvil que hiciese obrar á tantos guerreros, cuyas costumbres y conducta no indicaban que la piedad y humanidad fuesen sus principales virtudes. Creyó fuesen otros los motivos, mirándolos solo como enemigos disfrazados que querian apoderarse de él y de sus estados. Con esta idea ocultó, baxo el velo de la concordia, la resolucion que habia concebido de frustrar su expedicion quitándoles el deseo de volver á emprender otra; aunque tuviese para esto que unirse con los infieles, y hacer marchar sus tropas baxo unas mismas banderas.

Fué Manuel igualmente hábil para engañar á los cruzados con las demostraciones de una fingida amistad, y seguir el pérfido plan que se habia propuesto de su total ruina. Despues de haberlos colmado de dones, les ofreció guías que los condujesen con seguridad, ahorrándoles parte del camino, llevándolos por el mas corto. Sobre la fe de estos pérfidos conductores, que habian tenido la orden de su soberano, y que la executaron demasiado bien, se intrincaron los cruzados en un país estéril, impracticable, y en que continuamente se veian atacados de sus enemigos. Los obstáculos se hicieron mayores quando percibieron que sus guías los habian abandonado durante la noche. No conocian ni el lugar en que estaban, ni cómo podrían salir de él, porque no habia sendero alguno en medio de aquellas abrasadas y yermas llanuras. Fuera de esto, el sultan de Iconia, advertido por Manuel del camino que habia hecho seguir al ejército de Conrado, se echó sobre él quando ménos lo esperaba, y lo derrotó. Los alemanes, en número de 60000 hombres de armas, sin contar una multitud casi infinita de gentes de á pie que los seguian, fueron tan mal tratados, que apenas quedaron 10000 despues de este desgraciado lance para volver á con-

ducir á Conrado á Nicea, de donde pasó á Constantinopla. Los griegos, que le habian conducido á la carnicería, pusieron el colmo á su negra traicion, contando al rey Luis el Joven á su vuelta que los cruzados habian batido á los infieles, y que siguiendo sus primeras ventajas habian infundido el terror en toda la Siria. Estas relaciones impidieron que el monarca frances fuese al socorro del príncipe alemán, dando lugar á los turcos de debilitarle mas en su retirada con freqüentes y vivas escaramuzas. Fué Luis cruelmente desengañado por el arribo del emperador, y el lastimoso estado á que vió reducido aquel ejército tan pujante pocos meses habia. Esto era para él una leccion que conoció, pero de la qual no supo aprovecharse.

Habiéndose este príncipe puesto en marcha, penetró hasta las riberas del Meandro. Los turcos se habian acampado de la otra parte para impedirle el paso; pero él lo emprendió felizmente á pesar de su oposicion ganándose una ventaja considerable. Se usaba entonces dividir el ejército en tres cuerpos algo distantes unos de otros, la vanguardia que observaba los movimientos del enemigo, el centro de batalla en donde iban los bagages, y la retaguardia que cubria la marcha, y que velaba contra las sorpresas del enemigo; y se paraban en sitios señalados á fin de estar en proporcion de socorrerse mutuamente en caso de necesidad. La vanguardia de los franceses no siguió con exáctitud este orden de marcha dictado por la prudencia. El que la mandaba en lugar de acampar en el parage señalado, se situó mas lejos; de suerte que habiendo los turcos atacado el grueso del ejército en que iba el rey, y no estando la vanguardia en disposicion de venir á su socorro, fueron sus tropas derrotadas, teniendo este príncipe mucha dificultad en salvarse. Se restituyó á Antioquia con el resto de su ejército en donde el príncipe Raymundo queria detenerle para emplear el ejército frances en el sitio de Alepo, y echar á los turcos de la Siria. Pero Luis impaciente en cumplir sus votos, quiso ántes de todo ir á Jerusalem; Conrado le siguió, y despues de haber satisfecho su devocion, uniendo sus fuerzas estos dos príncipes con las de Balduino III., rey de Jerusalem, y las de sus barones, pensaron en señalarse con alguna empresa útil y gloriosa.

Habiendo los dos reyes convocado en Ptolemaida una

asamblea á que asistieron todos los príncipes latinos de Oriente, resolvieron sitiar á Damasco, habiendo elegido á Tiberiades por punto de reunion para esta jornada, de que se prometian un feliz éxito. Todos los que debian concurrir al sitio de Damasco se dirigieron allí, y dividiendo el ejército en tres cuerpos se avanzaron hácia la plaza. Antes de comenzar los ataques, fué preciso ganar espada en mano algunos puestos en que los turcos se habian atrincherado. Se les desalojó de ellos á pesar de su resistencia, y perdieron mucha gente, y bien presto fué embestida la plaza y apretada con extremado rigor. Ya su pérdida parecia inevitable, y sus moradores sin esperanza alguna pensaban en rendirse, quando hallaron el medio de sobornar una parte de los francos, y empeñarlos en hacer traicion á sus compañeros. Eran estos los francos nacidos en Siria despues de la primera cruzada, que es decir, los mas interesados en el éxito del sitio y en la conservacion del ejército christiano. Persuadieron á los dos reyes que mudasen el ataque llevándole por otra parte. Los creyeron, porque siendo del pais debian conocer la situacion de la ciudad mejor que nadie. Pero el parage que indicaron era el mas fuerte y bien defendido de la plaza. Los sitiadores se fatigaron inútilmente. Cansados de los obstáculos, enflaquecidos con los trabajos, y faltos de víveres, se vieron precisados á abandonar la empresa. Disgustados los dos reyes con tan malos sucesos, determinaron volverse á Europa sin haber recogido por fruto de un viage tan largo y peligroso, ni la propia gloria, ni ventajas para los christianos de Oriente, á cuyo socorro habian ido. Conrado partió el primero, y poco despues le siguió Luis VII. Los cruzados que volvieron á Francia y Alemania se quejaron de san Bernardo que los habia empeñado en aquella expedicion asegurándoles del modo mas terminante su buen éxito; pero el santo abad tornó sus reconvençiones contra ellos mismos, alegando en su justificacion y la del papa, cuyo órgano habia sido, los excesos de toda especie, á que los cruzados se habian abandonado, y la horrible depravacion de los christianos de Oriente mas corrompidos y ménos religiosos que los mismos infieles. Despues de la retirada de los dos mayores príncipes de Occidente, y la inútil tentativa que acababan de hacer, la situacion de los latinos que quedaban expuestos á todas las fuerzas de

los musulmanes, llegó á ser mas deplorable que nunca.

Las reconvençiones de san Bernardo tenian sobrado fundamento, y las causas que daba del infeliz suceso de la cruzada eran demasiado ciertas. Por una parte los cruzados, tanto el gefe como el soldado, se habian entregado á la disolucion y molicie mas desordenada; y por otra las costumbres de los christianos de Oriente eran tan depravadas, y sus desórdenes tan monstruosos y tan notorios, que hacian horror á los mismos musulmanes, y aumentaban el odio de aquellos infieles á la religion que profesaban hombres tan corrompidos. El clero de las iglesias, que debia su restablecimiento ó su fundacion á las cruzadas, no era generalmente ni ménos disoluto, ni de conducta mas recatada. La silla patriarcal de Jerusalem habia sido primeramente ocupada por Arnolfo, que de capellan del duque de Normandia habia sabido con sus tramás abrirse el camino á esta dignidad. Se habia hecho indigno de ella por su vida licenciosa ántes de obtenerla, y aunque se vió en ella no mudó de conducta. Sus desarreglos eran tan escandalosos, que se quejaron de ellos al papa Pascual II, que envió un legado á Siria para juzgarle. Arnolfo fué depuesto en un concilio congregado por el legado, y todos los que amaban la razon aplaudieron esta sentencia. Pero habiendo el patriarca ido á Roma, halló medio de ganarse protectores en aquella corte en que el oro y las dádivas podian tanto. Fué, pues, restablecido, y volvió á subir sobre su silla, que continuó deshonrando con el mismo género de vida.

Entre los sucesores de Arnolfo tuvieron algunos las virtudes de su estado, y se aplicaron á restablecer la disciplina, reanimar la piedad, y hacer reynar las buenas costumbres. Tales fueron Gormundo, cuyas sencillas costumbres y exemplar vida hicieron renacer los mas bellos tiempos de la Iglesia; Guillermo, que durante un episcopado de 15 años empleó todos los recursos del zelo y de la caridad en instruir y corregir á su pueblo; Fucherio, que llevó sus quejas al mismo pontífice contra la vida licenciosa de los templarios; y finalmente Monaco, prelado sábio y virtuoso, que apoyaba sus exhortaciones con el exemplo. Pero tambien se vieron ocupar esta silla algunos semejantes á Arnolfo, entre otros Amauricio, que debió su elevacion al enredo y al favor; y Heraclio el hombre

mas corrompido é infame que se había visto desde largo tiempo; y como uno ó dos malos obispos causan mas perjuicio en pocos años, que muchos buenos pastores pueden hacer útil en medio siglo, en el tiempo de aquellos indignos ministros los desórdenes que autorizaban con su desarreglada vida, se multiplicaron infinito, y toda especie de vicios se manifestaron con una desvergüenza, que nada podía refrenar. Las demas sillas de la Siria y la Palestina estaban casi siempre ocupadas por sugetos semejantes. Acostumbrados á la vida licenciosa de los exércitos en que habían vivido, se conducian mas presto como guerreros, que como obispos, y dexando ver en el santuario inclinaciones totalmente opuestas á la santidad del ministerio y á las obligaciones pacíficas que debian desempeñar. El clero de segundo orden imitaba á sus superiores, y los legos á quien tan malos exemplos fortificaban contra los remordimientos de la conciencia, no tenían otro límite en sus pasiones que la imposibilidad de satisfacerlas. No parecia segun el orden de la providencia, que el cielo bendeciría las empresas de unos christianos tan distantes de aquellos sentimientos, que debian beber en la moral tan pura de su religion, y san Bernardo tenia razon quando atribuia á sus desórdenes las desgracias que por todas partes sofocaban á las iglesias latinas de Oriente.

Las experimentó aun mas funestas que las que le habían gemir largo tiempo había, quando Saladino, vencedor de todos sus rivales, volvió las armas contra los christianos. Este conquistador, que unia todas las prendas de un grande hombre, á todos los talentos de gran capitán, tenía tanto zelo por el eslanismo, como deseo de gloria. Despues de haber sometido ó hecho tributarios á todos los príncipes musulmanes que se oponian á su designio de engrandecerse, solo le quedaba que subyugar los príncipes christianos, que miraba como los enemigos de su poder y religion. Saladino convirtió toda su atencion á este objeto para poner el colmo á su gloria, y hacer sus demas sucesos útiles á la secta en que había nacido. Este sultan, que había hecho humillarse á todas las potencias musulmanas de aquel pais á vista de la suya, era tanto mas formidable á los christianos, quanto ellos estaban divididos entre sí por sus discordias y continuos disturbios: caervados por otra parte con una vida mole y voluptuosa,

estaban tan poco versados en el arte de la guerra, como él experimentado por una larga costumbre de combatir y vencer.

El reyno de Jerusalem gobernado por Guido de Lusignan, enflaquecido sucesivamente por defuera por las ventajas que habían adquirido los musulmanes baxo la conducta de un héroe que los había acostumbrado á vencer, no lo estaba ménos interiormente por las disensiones que le despedazaban. Saladino unido con Raymundo, conde de Trípoli, que se había ligado con él para vengarse del rey de Jerusalem su enemigo, atacó á los christianos con un exército de mas de cincuenta mil hombres. Sitió la ciudad de Tiberiades de que se apoderó á poca costa; pero la ciudadela se defendió tan vigorosamente, que suspendió por algun tiempo los progresos del vencedor. Guido de Lusignan, habiendo reunido sus fuerzas con las de todos los señores latinos sus vasallos, marchó á su socorro. Saladino habiéndole salido al encuentro, le halló cerca de Acre, por otro nombre Ptolemaida, y le presentó la batalla. Guido la aceptó, y los dos exércitos se acometieron. El combate fué obstinado y sangriento por ambas partes; duró dos dias; pero por último los christianos fatigados y muertos de sed cedieron á la muchedumbre. La carnicería fué horrible, y su pérdida infinita. El rey Guido, Renaldo de Chatillon, el maestre de los templarios, el de los hospitalarios de san Juan, y otros muchos señores con multitud de oficiales y soldados quedaron prisioneros. La ciudadela de Tiberiades se rindió despues de esta derrota, y Saladino se apoderó sin dificultad de todas las plazas fuertes que quedaban á los latinos. La misma Ascalon, plaza importante, que era su baluarte del lado de Egipto, pasó al dominio del sultan á quien se le cedió por el rescate del Guido. El vencedor marchó de repente á Jerusalem de que se hizo dueño despues de catorce dias de sitio el dos de Octubre de 1187. Hizo mezquitas todas las iglesias á excepcion de la del santo sepulcro, que conservó por no privar la ciudad de las ventajas que le producía el concurso de peregrinos que la devocion llevaba á ella. De este modo volvió al yugo de los musulmanes la ciudad santa, habiendo estado 88 años en poder de los christianos. Despues de esta conquista solo quedaban á los latinos tres importantes plazas en Oriente: á saber, Tiro, Antioquía y

Trípoli, que cada dia se veían á punto de perderse, á no recibir nuevos socorros de Oriente.

Quando se supo en Europa que Saladino habia arrebatado á los christianos la ciudad santa, y que las iglesias consagradas al verdadero Dios servian al culto de Mahoma, fué general la consternacion. Guillermo, arzobispo de Tiro, habia venido á dar cuenta al papa del triste estado en que se hallaban los christianos de Asia. Urbano III á estas lastimosas nuevas fué penetrado de un dolor tan vivo que perdió la vida. Sus sucesores Gregorio VIII. y Clemente III enviaron legados á todos los príncipes de la christiandad, y cartas circulares á todos los fieles exhortándolos á tomar las armas, y hacer una liga poderosa para recuperar los santos lugares. Se prescribieron con el mismo objeto ayunos y abstinencias durante cinco años, no olvidando nada á fin de excitar el zelo de los soberanos y de los pueblos, en ocasion que se trataba de conservar el christianismo en Oriente. Habiendo el emperador Federico I oído á los legados y al arzobispo de Tiro en una dieta, le movieron tanto sus discursos, que resolvió ir en persona al socorro de la tierra santa, y consagrar el resto de sus dias á la defensa de la religion, piadoso designio que executó fielmente, como lo hemos visto en el retrato que hicimos de este príncipe. Felipe Augusto, rey de Francia, y Ricardo rey de Inglaterra que estaban en guerra, la suspendieron, y determinaron pasar á Oriente con todas sus fuerzas. A su exemplo la mayor parte de los señores de Francia é Inglaterra tomaron la cruz, y para que no se confundiesen las naciones, se determinó que los franceses la llevasen roxa, los ingleses blanca, los flamencos verde, los alemanes negra, y los italianos amarilla. Se hicieron ordenanzas para conservar tranquilos los países de Europa, de donde los príncipes iban á alejarse y prevenir los desórdenes, origen de los males que acababan de experimentar. Era menester fondos para la subsistencia de los cruzados, las ofrendas voluntarias no eran suficientes para tan grandes gastos; por otra parte eran casuales, y por consiguiente inciertas. Se señaló, pues, con la autoridad del papa Clemente III una imposicion pecuniaria sobre las rentas eclesiásticas para costear esta expedicion de que la religion era el motivo. Esta imposicion, primera en su especie, se llamó *diezmo saladino*. Solo quedaron

exentos los bienes de los cruzados y los de las ordenes del Cister, de los cartujos, y de Fuente Elbrando. Los hombres juiciosos, y que preveían las cosas, concibieron las conseqüencias, y Pedro de Blois, entre otros habló altamente contra esta novedad, que miraba como totalmente opuesta á la inmunidad de las rentas eclesiásticas. El tiempo justificó sus temores, y los papas en lo sucesivo se valieron de este primer exemplar para exigir del clero socorros extraordinarios, ya con ocasion de nuevas cruzadas, ya pretextando necesidades particulares de la iglesia romana, y algunas veces en su propio provecho.

Los dos reyes Felipe y Ricardo partieron en 1199. La rivalidad que entre ellos reynó se manifestó mas de una vez en el curso de esta expedicion, contribuyendo mas que nada á su poco fruto. Sitiaron juntos á Acre, y se apoderaron de aquella importante plaza que cubria los estados de los latinos de Palestina. Lo que hizo mas preciosa esta conquista fué el recobro de la verdadera cruz que habia caido en poder de los mahometanos en la infeliz jornada de Tiberiades. El rey de Francia ciñó sus empresas á esta conquista, y volvió á Europa dando la alteracion de su salud por pretexto de una vuelta tan precipitada, cuyo verdadero motivo era su mala inteligencia con Ricardo. Este continuó solo la guerra contra los infieles, y aunque la dureza de su carácter obligó á muchos señores á embarcarse con sus tropas, su ejército era aun de casi cinco mil hombres. Con estas fuerzas se apoderó de Cesarea, de Joppe y de Ascalon á vista de Saladino que seguia inquietándole con vivas escaramuzas. Por último estos dos guerreros se dieron batalla en una llanura cerca de Antipatrida. Se disputaron largo tiempo la victoria; pero despues de un reñido y sangriento combate se declaró por el monarca ingles. El terror se apoderó de los musulmanes que tomaron la fuga por haber visto á Saladino caido en tierra de un golpe que Ricardo le habia dado en aquella confusion, y del qual le creyeron muerto. Si hubiera Ricardo sabido aprovecharse de la consternacion de los infieles despues de esta derrota, y hubiera marchado en derecha á Jerusalem, hubiera infaliblemente coronado sus hazañas con la toma de esta ciudad. Pero no dió este golpe decisivo, dexando á Saladino y sus tropas lugar de rehacerse, y quando quiso tentar esta conquista, encontró una resistencia que le obligó á abando-

narla. Este desacierto, junto con los intereses de sus estados de Europa que exigían su presencia, le obligaron á embarcarse despues de concluir con Saladino una tregua de tres años, cuyas condiciones eran favorables á los christianos de Oriente, pues les aseguraba la posesion de las ciudades de Cesarea, de Joffa ó Joppe, de Aros, de Acre y de Hiffa, y de otras varias plazas y castillos de menor entidad. Tal fué el éxito de la tercera cruzada de que se habian esperado mayores ventajas, tanto por el poder y pericia de los príncipes que iban dirigiendo la empresa, como por las buenas medidas que parecian haber tomado para conservar el órden y la disciplina en sus exércitos. Esta nueva emigracion de los christianos de Occidente solo produjo en Asia una conmocion pasagera, y Jerusalem, cuya conquista era el único objeto de la expedicion, permaneci6 baxo el yugo de los musulmanes.

ARTICULO VIII.

Errores contra los dogmas y la moral suscitados en el siglo XII.

Los errores que se suscitaron en el duodécimo siglo, sobre todo en Occidente, y que causaron á la Iglesia una conmocion tan violenta, prelude de mayores males, tenian á un tiempo su origen en la ignorancia y la corrupcion de costumbres que aun quedaban de los siglos precedentes; en las luces que la renovacion de los estudios y la multiplicacion de las escuelas empezaban á difundir, y en las ideas mal dirigidas de reforma y de perfeccion de que se alimentaban los espíritus amigos de la novedad. Las desavenencias de los papas y emperadores, los desórdenes del clero, la vida ostensiva y profana de un gran número de obispos habian dado motivo á muchos escritos en que se examinaban la naturaleza de la potestad eclesiástica, los derechos legítimos del ministerio espiritual, y las obligaciones del episcopado. Se habian escrito ademas algunos tratados sobre la moral, en los cuales exágerando los vicios y los escándalos de los clérigos y monges, se declamaba contra sus riquezas, y lo mal que las empleaban. Finalmente el principal objeto de aquella multitud de doctores, cuya voz resonaba en las escuelas, era conciliar los dogmas de la fe

con los principios de la filosofia de Aristóteles mal entendida, y no mejor explicada. Los conocimientos adquiridos participando todavia de las preocupaciones de la ignorancia que aun no se habian desvanecido enteramente, no eran bastante profundos y acrisolados para que se estuviese en estado de tomar el partido de la razon en todos los asuntos que intentaban discurrir, y de fixarse en el punto delicado que separa la verdad del error. De esta suerte las peligrosas novedades, cuya semilla empezó á brotar en este siglo, dimanaron todas de que no siendo el christianismo tan estúpidamente ignorante como en los siglos precedentes, tampoco estaba bastante ilustrado ni diestro en el uso de sus luces. Lo que vamos á referir será la prueba de estas reflexiones.

Pedro de Bruys, nacido en las montañas del delphinado, simple lego, es uno de los predicantes del siglo XII á quien los pretendidos reformados han puesto en el número de sus patriarcas. Enseñaba que el bautismo nada sirve ántes de tener uso de razon; que el sacrificio de la Misa es solo una ceremonia vana é inútil sin objeto ni eficacia; que no se debe adorar la cruz ni invocar á los santos; que las oraciones, ruegos y ofrendas por los muertos nada valen; que los templos, los altares y los ritos católicos son obra de la supersticion; y que para perfeccionar la religion se deben abolir. Habiendo este fanático grangeado sequiaces, pasó de la enseñanza á la execucion. Recorrió las provincias meridionales de Francia declamando contra el clero, y censurando agriamente la conducta de los pastores, y llevando tras sí un tropel de gente á quien excitaba á la violencia y al tumulto. Demolia las iglesias, echaba por tierra los altares, quemaba las cruces, y rebautizaba á los que de niños lo habian sido. Hizo grandes progresos en la Provenza, en Langüedoc y los países vecinos. Pero indignados los católicos de sus blasfemias y extorsiones, le prendieron y quemaron en la pequeña ciudad de san Gilles, en Langüedoc.

Entre un gran número de discípulos tuvo Pedro de Bruys uno que hizo mas estrépito y estragos que su maestro. Era este un ermitaño ignorante y fanático; imbuido en la falsa doctrina de los petrobrusianos, y que se creyó enviado de Dios para extenderla. Pedro de Bruys habia empleado la fuerza y los medios violentos atacando á